

Asamblea Nacional francesa (París)

25 de mayo de 2021

Intervención de Josu Urrutikoetxea en el coloquio “Dialogar entre enemigos”

Un saludo a todas-os

A modo de preámbulo permítanme saludar a los organizadores de este coloquio, al conjunto de sus participantes y a la Asamblea Nacional por acogernos para, junto a cinco personas amigas, a las que saludo calurosamente, debatir sobre el proceso de salida del conflicto en el País Vasco.

Antes de entrar en la cuestión de fondo que nos ocupa hoy me parece importante hacer un recorrido histórico para comprender mejor las especificidades de la evolución de nuestro pueblo y de su territorio situado, actualmente, a caballo entre dos estados: los estados español y francés.

La existencia de nuestro pueblo tiene como constantes la supervivencia y la resistencia. Atravesado por diferentes civilizaciones, objeto apetecido de los reinos vecinos, con la aniquilación del Reino de Navarra por la invasión de Castilla en el siglo XVI, la creación de los estados-nación español y francés que ha dividido y reprimido al pueblo vasco, pasando por las guerras carlistas del siglo XIX y los 40 años de dictadura franquista... ha habido una continuidad en las luchas y reivindicaciones de nuestro derecho a existir en tanto que pueblo. Cabe preguntarse incluso cómo nuestro pueblo puede seguir vivo todavía.

El conflicto vivido en las últimas décadas hunde sus raíces en la Guerra Civil de 1936-1939 y más precisamente en el alzamiento franquista de 1936.

Nuestro país ha sido destruido, más incluso que otras provincias del Estado español, dado que a sus ojos éramos antes separatistas que republicanos. Esa realidad se resume a la perfección en la máxima franquista: «Más vale una España roja que una España rota».

Es en las tinieblas del franquismo, con una cultura y una lengua prohibidas, con una represión feroz que aterrorizaba a nuestro pueblo, cuando nace ETA (Euskadi ta Askatasuna) como una esperanza de hacer renacer a ese pueblo oprimido, con el objetivo principal de alcanzar el derecho a decidir nuestro futuro por nosotros mismos.

ETA es el fruto de la generación de los-as hijos-as de aquellas y aquellos que perdieron en el País Vasco la guerra contra el franquismo. Y es también en ese periodo franquista cuando el conflicto vasco va a inscribirse progresivamente en la espiral de la violencia.

De la misma forma que Gernika contribuyó a dar a conocer la barbarie franquista en todo el mundo, el proceso de Burgos contra militantes de ETA en 1970 permitió al mundo abrir los ojos sobre una doble realidad: sobre la continuidad de un régimen totalitario y sobre el hecho de que nuestra lucha no era solo anti franquista sino que era también una lucha de liberación nacional y social.

Esos mismos derechos que nos fueron negados durante la dictadura nos continuaron siendo negados al amparo de la joven democracia española que emanaba de la reforma del franquismo y no de una ruptura que hubiera permitido establecer responsabilidades sobre los actores del viejo régimen.

Desde sus inicios el objetivo del MLNV fue poner fin a la confrontación violenta y alcanzar una resolución del conflicto.

Solo puedo lamentar, con gran amargura, que ese final de la confrontación armada haya llegado demasiado tarde. La violencia, que nunca ha sido un fin en sí misma, ha causado lamentablemente pérdidas irreversibles y víctimas en ambos lados que deben ser, de forma primordial, reconocidas por todos.

Aunque el final de la violencia responde por encima de todo a consideraciones políticas, la dimensión ética es primordial.

Una dimensión que se ha descuidado durante demasiado tiempo por los efectos perversos de una espiral de violencia recíproca que no cesó de agravarse. Esa espiral nos volvió, recíprocamente, insensibles frente a los sufrimientos padecidos por las dos partes enfrentadas.

Se suele decir a menudo que es más fácil empezar una guerra que acabarla, porque una vez que el conflicto violento se ha desatado, se impone la lógica del odio y la venganza, desnaturalizando, de facto, los orígenes del conflicto mismo.

Es precisamente esa consideración ética la que me ha empujado a comprometerme activamente en una resolución que era a mis ojos urgente para sacar el conflicto en el País Vasco de esa espiral de la violencia.

Ese proceso de resolución ha estado marcado por varias tentativas de negociación cada una de ellas con sus propias especificidades: en 1989 en Argel, en 1998 en Zurich, en 2005 en Ginebra y en 2011 en Oslo.

Para que ese proceso haya podido arrancar se necesitó de la convergencia de diferentes factores. Esos factores que eran necesarios (aunque como demostraron luego los acontecimientos no suficientes) se pueden resumir en dos puntos:

- En primer lugar las dos partes en conflicto llegaron a la conclusión de que la confrontación se encontraba en un impasse.
- En segundo lugar, las dos partes tenían la neta percepción de que, de un lado y del otro, era posible dar una salida negociada al conflicto.

Esos dos postulados emanaban de análisis más profundos que hacíamos en esa época y que concernían a:

- La situación geopolítica internacional del momento;

- La situación de la Unión Europea y de los diversos intereses relativos al Estado español;
 - La situación general del Estado español;
 - La situación del abanico socio-político y de la sociedad civil en el País Vasco;
 - La situación del MLNV;
- y la situación de ETA

En tanto que parte implicada en la búsqueda de un camino para que el conflicto pudiera ser resuelto por la vía de la negociación, nos hizo falta trabajar internamente en favor de una comprensión clara y profunda de lo que implicaba una negociación, en este caso con el Estado español, representado por su gobierno. Nos hizo falta aprender que esas negociaciones no serían nunca un proceso lineal, que estarían plagadas de obstáculos, que era posible que el Estado español no respetara necesariamente sus promesas y que para que los acuerdos fueran aceptados y puestos en marcha era necesario contar con dos impulsos o palancas:

- El impulso internacional, con facilitadores, mediadores (ONG e instituciones internacionales) y estados.
- Y un segundo impulso local, el de nuestro pueblo, que debía apropiarse plenamente de los acuerdos y hacer la necesaria presión democrática dirigida al Estado español para que éste llevara a la práctica esos acuerdos.

En el ámbito internacional el camino fue largo y sinuoso en el sentido de que debimos trabajar la búsqueda de elementos y organismos que asumieran el papel de facilitadores para ayudarnos a construir el puente que nos llevaría al encuentro de la otra parte y a limar las asperezas a fin de desencadenar las primeras interlocuciones. Esa fue la parte principal de mi trabajo.

Concretamente, debemos señalar que el Gobierno argelino tuvo un papel de facilitador durante las negociaciones de Argel en 1989 – a cuya puesta en marcha contribuí antes de ser detenido- garantizándonos un territorio, infraestructuras y las garantías de seguridad necesarias durante todo el proceso de negociaciones.

En la misma línea, debemos de subrayar el enorme trabajo desarrollado a partir de los años 2000 por HD, el centro para el diálogo humanitario basado en Ginebra. Esos hombres y mujeres que tan bien he conocido, hasta el punto de convertirse en algunos casos en amigos, han permitido que se consiguiera el apoyo de estados europeos como Suiza, Noruega y Francia en los procesos de 2005-2007 en Ginebra y de 2011-2013 en Oslo dando las garantías necesarias a nuestra delegación para poder efectuar nuestro trabajo negociador hacia la resolución del conflicto y de sus consecuencias.

Lamentablemente, Francia se zafó de ese compromiso entre estados, lo que en lo que me concierne ha supuesto la puesta en marcha de dos imputaciones judiciales por «asociación de malhechores con fines terroristas», considerando como tales que haya participado activamente en la delegación del MLNV para preparar y llevar las negociaciones con el Estado español en 2005-2006 y posteriormente en 2011-2013.

(Permítanme que abra un nuevo paréntesis para expresar públicamente mi gratitud al

conjunto de personalidades internacionales que se han movilizado a gran escala y trabajan incansablemente para organizar a escala internacional mi defensa).

En la historia de estas negociaciones, más allá del papel de los facilitadores, hay aspectos externos y colaterales que permiten que el tren avance o no en la buena dirección. Podemos citar diferentes ejemplos que tuvieron un impacto determinante en el desarrollo de los acontecimientos:

Por ejemplo, los encuentros secretos entre 2002 y 2004 entre militantes de la izquierda independentista y el Partido Socialista para abonar el terreno de esas negociaciones, en un momento de fuerte tensión, alimentada por las violencias recíprocas.

Otro ejemplo, la actitud negacionista y obtusa del presidente Aznar en 2004 durante los atentados yihadistas de Madrid, que llevaron a que, pese a esas maniobras, se alinearan los astros a la hora de posibilitar la apertura de una vía para la resolución del conflicto por medio de la negociación con el Partido Socialista tras su llegada al gobierno.

Incluso en 2011, las actitudes obstruccionistas e irrespetuosas del Gobierno de Rajoy que no dio continuidad a los acuerdos de Estado (y a la hoja de ruta) firmados por el precedente Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero. Ello privó al Estado español y al País Vasco de una resolución del conflicto en parámetros negociados, por las dos partes, pese a que los acuerdos se basaban en los estándares internacionales.

Tras esa vuelta atrás del Gobierno español, ETA, siguiendo los compromisos adquiridos en los Acuerdos de la Conferencia de Aiete, liderada por Kofi Annan, puso fin a la lucha armada el 20 de octubre de 2011, habilitando, por defecto, un instrumento inédito en la resolución de conflictos: la unilateralidad.

Y gracias a la fuerte implicación de la sociedad del País Vasco Norte y de la comunidad internacional logramos llevar a cabo el 8 de abril de 2017 un desarme de manera segura y ordenada que un año después dio lugar a la disolución de la Organización.

Es importante subrayar, a diferencia de la implicación de los estados, la constante e indefectible implicación del Centro para el Diálogo Humanitario en el acompañamiento a lo largo de este ciclo.

Y fue precisamente desde el Centro HD desde el que pude anunciar el 3 de mayo de 2018 en Ginebra la autodisolución de ETA.

Si hemos podido atravesar unilateralmente esa serie de puertas (fin de la lucha armada, desarme y autodisolución) hoy llegamos a los límites de esa vía cara a resolver las consecuencias del conflicto.

Por consecuencias del conflicto entiendo las cuestiones ligadas al reconocimiento de todas las víctimas, la reparación, la resolución de las cuestiones ligadas a la cuestión de

los y las prisioneros-as, exiliados-as y deportados-as y las condiciones de no repetición de los hechos de acuerdo a los principios de la justicia transicional.

Me parece importante detenernos en este punto que considero central: hacer la paz con el enemigo, lamentablemente, no implica automáticamente la resolución plena y total de un conflicto. Y no se puede pensar en absoluto que porque no exista ya la violencia la paz es perenne si no se resuelven el conflicto y las consecuencias no resueltas del mismo.

Es por lo que resulta primordial resolver el fondo de las consecuencias del conflicto.

Aunque estos últimos meses ha habido acercamientos de presos, estamos, que ya hemos dicho todavía lejos de la resolución del conjunto de las consecuencias del conflicto.

Para alcanzar ese fin necesitaremos el apoyo de la mediación internacional y un trabajo añadido de la sociedad civil, como el que hubo durante el desarme, a fin de que los gobiernos francés y español acepten, en el interés de todos, tratar integralmente estas cuestiones, lo que nos permitirían superar el conflicto y garantizar una paz justa y duradera para todos.

Les agradezco su atención